

—¡Sí, sí!—dijeron todos los aragoneses que había en el recinto, reconociendo a su compatriota.—Defiéndanos usted, defiéndanos.»

Todas las miradas se fijaron en Lázaro. ¡Cosa singular! En aquel momento una súbita transformación se verificó en el ánimo del joven. Se sintió turbado, se esforzó en saludar, quiso decir algo y no pudo. Pero le impelían hacia la tribuna, y no había remedio. Si no hablaba, ¿qué dirían de él? Lázaro había brillado en Zaragoza por su elocuencia; había aprendido a dominar la multitud, a sobreponerse a ella, a manejarla a su antojo. Pero en aquella ocasión se encontraba novicio, se desconocía, tenía miedo.

«¡Que hable, que hable!

—Abrid paso,—exclamó uno de los diputados más notables de las Cortes de entonces.»

Lázaro tuvo una inspiración. El recuerdo de su joven y amable amiga le fortalecía; y a la manera de aquellos caballeros antiguos, que invocaban el auxilio soberano de su dama antes de entrar en combate, procuró evocar todas las imágenes de gloria y felicidad que le habían dado estímulo. Ensanchado el pecho con esto, subió a la tribuna. Desde arriba miró aquella multitud de cabezas apiñadas, y recibió de un golpe las miradas curiosas de tantos ojos.

Aquello le pareció un abismo. Su rostro, encendido por la turbación, se puso bruscamente muy pálido. Hubiera querido hablar con los ojos cerrados. Aquellos diputados, aquellos escritores, aquellos políticos eminentes que veía en torno suyo, le daban miedo. Pero él tenía mucho corazón, y logró dominarse un poco. ¿Pero cómo iba a empezar? ¿Qué iba a decir? En un supremo esfuerzo de inteligencia recogió sus ideas, formuló mentalmente una oración, miró al auditorio... El auditorio le miró a él, y observó que estaba pálido como un cadáver. Lázaro tosió; el auditorio tosió también. La primera palabra se hacía esperar mucho; por fin el orador tomó aliento, y desafiando aquel abismo de curiosidad que se abría ante él, comenzó a hablar.

## CAPÍTULO X

## La primera batalla

BIBLIOTECA DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Lázaro era un poco retórico en la augusta cátedra del club democrático de Zaragoza. Parece que allí tenían buena acogida ciertas fórmulas del decir que nuestro joven había aprendido con su maestro de Humanidades de Tudela, varón docto de la escuela para de Luzán. El joven tenía, sin embargo, el instinto de la elocuencia tribunicia, seca, rotunda, incisiva, desnuda. La *Fontana*, por desgracia en aquella ocasión, era enemiga declarada de la retórica, y más enemiga aun de las frases hechas, de los lugares comunes y de esos preámbulos officiosos, neciamente corteses y en extremo fastidiosos de la oratoria académica.

Lázaro tuvo la mala tentación (porque tentación del demonio fué sin duda) de empezar con aquello de su *pequeñez en presencia de tantos grandes hombres*, y lo *escogido é ilustrado del auditorio*, siguiendo después lo de su *confusión y su necesidad de indulgencia*, sus *escasas fuerzas*, etc., etc. El exordio fué largo: otra desventura. Algunas voces dijeron: «Al grano, al grano.»

Pero a Lázaro le fué un poco difícil dar con el grano, lo cual no es de extrañar, porque no estaba preparado, ni había vuelto aún de la sorpresa. En vano hizo una *sinécdoque* de las más expresivas; en vano quiso dominar al público con cuatro litotes y dos ó tres metonimias; no era aquél su camino. Dijo algunas generalidades que a él le parecían muy nuevas, pero que en realidad eran viejíssimas, y concluyó un párrafo con dos ó tres sentencias plutarquianas, que a él le parecían encajar como de molde, pero que no produjeron sensación ninguna. El esperaba un aplauso: nadie aplaudió.

Lázaro estaba acostumbrado a oír aplausos desde el principio: esto le daba estímulo. La frialdad que notaba en el auditorio en aquella ocasión, le desanimó. Quiso pensar en esto, y casi estuvo a punto de no saber qué decir. Y, sin embargo, él tenía fijos en la imaginación algunos magníficos pensamientos; pero ¡cosa singular! no los po-

día decir. Le parecía verlos escritos delante; pero por un misterio, natural en aquellos momentos, no encontraba la forma oratoria para expresarlos. ¡Qué coartariedad! Poco a poco hasta la voz se le enronqueció. Sin duda había en el espíritu de nuestro amigo una influencia maligna. Hablaba con frialdad unas veces; notábalo él mismo, y al querer corregirlo, gritaba demasiado. Las ideas le faltaban, las imágenes se le desvanecían, las palabras se le atropellaban en la boca.

¡Ah! ¿Dónde estaban aquellas peroraciones internas, llenas de vida, de vehemencia, persuasivas como una voz divina? ¿Dónde aquella lógica terrible, que en la profundidad de sus delirios oratorios hervía en su cerebro, el cual parecía pequeño para tantas ideas? ¿Dónde estaban los pensamientos sublimes, la facundia descriptiva, la facultad pintoresca, la sentencia concisa y profunda? Sí: él sentía bullir todo esto allá dentro; dentro de aquel Lázaro solitario y apasionado que hablaba a la Naturaleza en el silencio de la noche, que hablaba a la Sociedad en lo profundo de un sueño. Las ideas, las formas, el lenguaje, todo lo tenía, todo lo sentía dentro de sí; pero no podía, no podía de ningún modo expresarlo.

En todo orador hay dos entidades: el orador, propiamente dicho, y el hombre. Cuando el primero se dirige a la multitud, el segundo queda atrás, dentro, mejor dicho, hablando también. Dos peroraciones simultáneas son producidas por un mismo cerebro. Una es verbal y sonora: dejémosla al público. Otra es profunda y muda: examinémosla. Lázaro describía, apostrofaba, rebatía, exponía, declamaba. Interiormente, la otra voz parecía decir esto: «¿Qué mal lo estoy haciendo! ¡No me aplauden! ¿Qué debo decir ahora?... ¿Trataré este punto?... No lo trato... ¿Y aquella idea que antes me ocurrió?... ¡Se me ha escapado!...» Y al mismo tiempo no interrumpía su oración; continuaba defendiendo el club de Zaragoza, explanaba un sistema democrático, y hacía además una breve historia de la República. Pero la voz de dentro seguía de este modo: «No sé qué hacer... ¿Por qué no me aplauden?... No me conozco... Yo tenía tantos argumentos... ¿Dónde están?... ¡Ah! Voy a emitir esta gran idea... Ya la he dicho... No ha hecho efecto... Procuraré ser esmerado en la frase... Esta oración va bien... ¿Cómo la terminaré?... ¿Qué apuro!... No doy con el adjetivo... ¡Demouio de adjetivo!... ¡Ah! terminaré con un apóstrofe... allá va... No ha hecho efecto... no me aplauden.»

Así hablaba el alma atribulada de Lázaro, mientras con

los medios exteriores se dirigía al auditorio en un discurso, confuso, tortuoso, desigual y falto de lógica.

Empezaron las toses. Dicen los oradores que al oír las toses en las pausas de sus discursos, se les hiela la sangre. Lázaro las oyó repetidas y comunicadas a todo el auditorio, y resonaron en su corazón como siniestros ecos. El tosió también. ¡Ah! la tos le concedió cuatro segundos de descanso: hizo un esfuerzo desesperado, tomó algunas ideas en aquel depósito que tenía en la mente, se apoderó de ellas con firmeza, y prosiguió hablando:

«Allá va eso, decía la lengua interior; allá van... las expondré de este modo... no... mejor de este otro... no... mejor del otro... de cualquier modo... ¡Oh! hay allí uno que se está riendo... Y otro que cuchichea. Pero qué tos les ha entrado... No les gusta lo que digo ahora... ni esto tampoco... ánimo. Concluiré este párrafo con una cita... allá va... ¡Ah! tampoco ha hecho efecto...»

Compréndase bien que estas frases que nadie oye y el discurso que oyen todos, guardan perfecto paralelismo.

¡Ah, qué misterios hay en la inteligencia humana, y qué fenómenos tan extraños en sus relaciones con la palabra humana!

¿Por qué fracasó el discurso del aragonés? ¿Fracasó por la reunión diabólica de mil accidentes, ajenos a la naturaleza de su notable ingenio y de su fácil palabra? ¿De quién fué la culpa, de él ó del público? Aquí hay otro gran misterio. El público y el orador tienden a fascinarse mutuamente. El primero mira y oye: no sabemos lo que es más terrible, si la mirada ó el oído. Las miles de pupilas dan vértigo. La atención de tanta gente dirigida a una sola voz confunde y anonada. El orador, por su parte, ve y oye: ve la serenidad anhelante ó desdenosa, y oye toser. Por eso Lázaro hubiera deseado en algunos momentos de aquella noche ser sordo y ciego. Pero el orador tiene sobre el público una ventaja; tiene un arma, además de la palabra: el gesto. El también fascina, él también lleva en sus ojos aquel vértigo que confunde y anonada; él generalmente mira hacia abajo para ver al público; puede mover sus brazos y su cabeza cuando el público está como atado de pies y manos, inmóvil y viviendo sólo de atención.

Aquella noche fatal, Lázaro y el público no se fascinaron mutuamente, no se impusieron el uno al otro, no se comunicaron. Ni Lázaro persuadió al público, ni éste aplaudió al orador. Un público no persuadido y un orador no aplaudido se rechazan, se repelen con energía. «Es

preciso que calles,» hay que decir á éste. «Es preciso que te marches,» hay que decir á aquél.

El joven aragonés había tenido la peor de las tentaciones: la tentación de ser largo y difuso. Un segundo más de lo regular basta á concluir la paciencia de un auditorio y á trocar su interés en hastío. Lázaro vió pasar este segundo sin notarlo. Indudablemente no se comprendieron el uno al otro. ¿Se despreciaron mutuamente? ¿Se temieron mutuamente? Tal vez empezaron por temerse; pero es lo cierto que acabaron por despreciarse.

Lo singular es que si se hubiera preguntado á cualquiera particularmente su opinión sobre el discurso, habría dado tal vez una opinión no desfavorable; pero la opinión de un público no es la suma de las opiniones de los individuos que lo forman, no; en la opinión colectiva de aquél hay algo fatal, algo no comprendido en las leyes del sentido humano. Decididamente, Lázaro fracasaba.

Veinte veces se le ocurrió que era preciso concluir. ¿Pero cómo? No se atrevía. Iba á concluir mal. ¡Qué horror! Y para terminar mal, valía más no terminar, seguir hablando, siempre, siempre, siempre. Buscaba el final y no podía encontrarlo. ¡Y el final es tan importante! Podía rehabilitarse en un momento de inspiración. ¡Oh! la idea de concluir sin un aplauso le daba horror. Por eso temía el final y lo evitaba. Pero era preciso acabar: á las toses siguieron los bostezos, á los cuchicheos los murmullos. Buscaba sin cesar el remate; daba vueltas alrededor del asunto, procurando una salida airosa; pero no encontraba escapatoria; la palabra se deslizaba de su boca, y allí va continua, sin solución, infinita.

«Es preciso concluir,» decía la voz interior. «¿Concluir? No hallo el fin, y el fin ha de ser bueno... ¡Dios mío, amparame! Resumiré... recapitularé... pero ya no me acuerdo de lo que he dicho... ¿Pediré perdón al auditorio?... No: eso es rebajarme...» Al fin le ocurrió la oración final, y la empezó; pero al llegar al final, otra oración se enlazó con ella, y con ésta otra, y otra, y otra. Su discurso era una oscilación sin término; pero el público se impacientaba. Ni un minuto más: se apoderó del último periodo, resuelto á que fuera el último. Pronunció al fin el postrer sustantivo; y después, alzando la voz, emitió con graduación los tres adjetivos que le acompañaban para darle fuerza, y calló.

La postrera palabra de aquel malhadado discurso vibró en el espacio, sola, seca, triste, con fúnebre resonancia. Ni un aplauso ni una exclamación satisfactoria la recogió.

Su voz había caído en el abismo sin producir un eco. Parecía que no había hablado, que su discurso había sido una de aquellas mudas, aunque elocuentes, manifestaciones internas de su genio oratorio. Estaba en un desierto; rodeábale una noche. ¿Qué había dicho? Nada. Y había hablado mucho. Aquello fué como si diera golpes en el vacío, como si hiriera en una sombra creyéndola cuerpo humano, como si hubiera encendido un sol en un mundo de ciegos. Bajó con el alma atribulada, oprimido el corazón, ardiente y turbada la cabeza, bañado el rostro en sudor frío.

En vano Javier quiso rehabilitarle dando algunas palmadas tardías. El público, animal implacable, le mandó callar. Lázaro tuvo la presencia de espíritu suficiente para contemplar cara á cara aquellas cien bocas que bostezaban. Robespierre se desesperaba en el mostrador con suprema expresión de fastidio.

«Lo he hecho muy mal, —dijo tristemente el orador al oído de su amigo.

—Ya lo harás mejor otro día. Eres un gran hombre; pero no has tocado en el *quid*. Con una lección mía estarás al corriente. Otro va á hablar: atiende ahora.

—No: yo me voy á casa de mi tío. No puedo estar aquí más tiempo. Me ahogo.

—Espera á ver lo que éste va á decir.»

Un segundo orador subió á la tribuna á disipar el fastidio que la peroración de Lázaro había causado. Mientras la multitud celebraba con aplausos maquinales las frases de su orador favorito, el otro se iba sumergiendo lentamente en profunda melancolía. Nada es más terrible que estos momentos de desencanto en que el alma yace atormentada por los dolores de la caída: el tormento de esta situación consiste en cierta ridiculez que rodea todos los recuerdos de las pasadas ilusiones. Todas las frases de íntimo elogio, de profundo orgullo con que antes se regaló la imaginación, resuenan con eco de burla en la pobre alma abatida, llena de vergüenza.

«Pero es preciso intentar una rehabilitación —decía Lázaro para sí. —¿Y cómo? Todos murmuran de mí, y si mañana se ofrece hablar de mi discurso, dirán todos que fué detestable, malísimo. Correrá de boca en boca, llegará á oídos de todas las personas que me interesan. Ella lo sabrá, se reirá tal vez de mí. Todos se reirán ahora.»

Lo más particular es que desde que bajó de la tribuna empezaron á ocurrirle grandes pensamientos, magníficos recursos de elocuencia, soberbios golpes de efecto, citas

oportunistas; y estaba seguro de que, diciendo aquello, arrancaría grandes aplausos. Pero ya era tarde; estaba allí mudo y perplejo, cubierto su espíritu de una nube sombría.

Entre tanto, el nuevo orador divagaba á sus anchas por el campo de la historia y de la política, y, por último, expuso la necesidad de la manifestación preparada para el siguiente día. Todos se levantaron unánimes, gritando: «¡Sí!» Todos prometieron concurrir, y tres ó cuatro, encargados del ceremonial, dieron cuenta del arreglo de la procesión; se fijó la hora, se designó el punto de reunión. Los *bravos* sucedieron á los aplausos, y los aplausos á los *bravos*, y al fin la sesión terminó.

Los socios comenzaron á salir, pero aquella fracción ignorante y turbulenta, que ocupaba siempre uno de los rincones del café, no creyó conveniente salir sin decir algo. Calleja subió á una silla y gritó, dirigiéndose á los suyos:

«¡Señores, serenata á Morillo!»

La idea fué acogida con estrépito. Morillo era el Capitán general de Castilla la Nueva. Enemigo de asonadas tumultuosas, había tomado sus medidas para impedir la procesión. Una parte del pueblo se agolpó junto á su casa en la noche del 17, atronando toda la calle con espantosa cencerreda.

«¡Serenata á Morillo!» dijo Calleja saliendo de la *Fontana* y reuniendo toda la gente dispuesta para el caso que por allí pasaba.

No sabemos por dónde vino; pero allí estaba Tres Pesetas. Nuestros tres amigos y Lázaro salieron de los últimos, y se acercaron por curiosidad al grupo que Calleja había formado.

Entre tanto, el barbero pasó en dos zancajos á la otra acera, y se acercó á la puerta de su casa. Su mujer salió á encontrarle.

«Ciudadano, ¿has hablado?»—le dijo.

—No, ciudadanita mía. No puede ser esta noche; pero lo que es mañana, ó habló, ó me corto la lengua. Ya tengo estudiado el principio, y no se me olvidará una letra. Cuando hable, me los como.

—Estoy por no dejarte entrar—le contestó gravemente su mujer.—Si yo llevara calzones, ya me habrían de oír. Así y todo, si me pusiera á ello, los volvía locos... Si yo tuviera calzones, andaba por esos *clubes* á qué quieres boca. Porque tengo más verdades aquí en el buche...

—Ya verás mañana á la noche si hablo ó no. Es que

cuando voy á empezar me hace unas cosquillas la lengua... y me trabo. Pero no tengas cuidado, que los voy á dejar aturrullados.

—¡Serenata á Morillo!—dijeron cien voces.

—Señores—exclamó uno de los más célebres oradores de la *Fontana*,—váyase cada uno á su casa, que estos desórdenes nos van á desacreditar. Cada uno en paz á su casa; nada de gritos.»

Estos discretos consejos fueron saludados con murmullo prolongado de reprobación.

«¿Quién es ese servilón?»—dijo una voz aguardentosa, que no era otra que la del sin par Chaleco.

—A casa de Morillo—repitió Calleja.—Mujer, tráeme el almirez.»

El gentío aumentaba con nuevas remesas enviadas de la plazuela de la Cebada y del barrio del Salitre. Los socios de la *Fontana* se habían marchado, cerróse el club y sólo quedaron en la calle los tres amigos y Lázaro, que se despedía para ir en casa de su tío.

«Espera un instante para ver lo que sale de aquí,» le dijo Javier deteniéndole.

A la sazón una persona daba fuertes golpes á la puerta de Calleja.

«¿Qué hay?»—dijo éste acercándose é interrumpiendo una patriótica y barberil alocución que había comenzado.

—Que vaya usted en seguida á sangrar á don Liborio, que está muy malito.

—Demonio de enfermo: mañana le sangraré.

—No puede esperar: vaya usted pronto,—exclamó el criado.

—Señores, ¿qué hago?»—preguntó el barbero á sus amigos.

—No vayas, Calleja: que se sangre él solo. Esta no es noche de sangrías. ¡A casa de Morillo!

—Señores... yo quisiera cumplir... porque ya ven ustedes... mi profesión. La ciencia es lo primero.

—No vayas, Calleja.

—Señores, volveré en seguida. A ver—añadió abriendo la puerta de su casa,—ciudadana, tráeme las lancetas.»

La ciudadana salió muy afligida, y le dijo:

«A ver cómo le ponemos una ayuda á Joaquinito, que está muy malo. ¡Si vieras qué vomitona le ha dado! ¿Se la pongo de malvas?»

—Pongasela de demonios cocidos, hermana,—exclamó Tres Pesetas furibundo.

—Poco á poco, señores—contestó Calleja.—¿De malvas ó de aceite? Déjenme ustedes ver cómo se arregla eso; porque para mí... ¿por qué lo he de negar? la ciencia es lo primero.»

Lázaro insistía en dejar á sus tres amigos: tan aburrido y melancólico estaba.

«Espera, hombre—le decía Javier deteniéndole aún.—Espera á ver lo que hacen estos bárbaros.

—¿Qué es eso de bárbaros!—exclamaron con furia los que más cerca estaban, volviéndose hacia los amigos con tanto interés, que hasta el mismo Calleja dejó la ciencia por salir en defensa de la corporación.—¿Qué es eso de bárbaros, caballeros?

—¿Quiénes son esos pelandingués?—dijo uno.

—Este es el aragonés que nos rezó el rosario esta noche. ¡Qué modo de hablar!

—Si parecía un sermón de Viernes Santo...

—El diablo me lleve si no les acarició las muelas á esos catacaldos,—dijo Tres Pesetas, dispuesto á hacer lo que decía.»

Javier, el Doctrino, el poeta clásico, vieron una tempestad sobre sus cabezas; pero el poeta clásico, que era el mismo enemigo, no se acobardó y tuvo el autojo de llamar *rapista* al grandioso Calleja. La chispa saltó, y la lucha era inminente; pero tan desigual, que los cuatro mozos no quisieron arriesgarse á ella, volvieron las espaldas y apretaron á correr, unidos siempre, dirigiéndose á la calle de la Victoria. Muchos de los contrarios les siguieron dando voces y arrojándoles piedras; pero los fugitivos andaban muy ligeros y lograron refugiarse en la calle de la Gorguera, metiéndose en el portal de la casa en que uno de ellos vivía. Cerraron cuidadosamente por dentro. Un enorme canto, lanzado por las robustas manos de Tres Pesetas, chocó en la puerta tan fuertemente, que si hubiera cogido á alguno le hace añicos. Felizmente los jóvenes estaban seguros, y los de fuera, al ver que la presa se les había escapado, retrocedieron, marchándose todos á dar una armoniosa cencerrada al Capitán general de Madrid.

## CAPÍTULO XI

### La tragedia de los Gracos.

Luego que sintieron alejarse á sus perseguidores, los amigos subieron. Allí vivía el poeta clásico.

«¿Tienes que cenar?—le preguntó el Doctrino.

—Un magnífico festín—contestó el poeta.—Un cuartecito de queso manchego y una botella de Carinena. Mandaremos por unos bunuelos á la taberna de la esquina.»

Lázaro tenía un hambre espantosa. Desde las nueve de la mañana no había probado cosa ninguna, y el cansancio del camino, los esfuerzos mentales y la gran fatiga moral de aquella noche le habían rendido hasta el punto de que no podía tenerse. Subió con los demás, sin fuerzas para emprender á aquella hora el viaje á casa de su tío. La comitiva, guiada por el poeta clásico, se internó en la escalera.

No hay viaje al polo Norte que ofrezca más peligros que una escalera angosta de casa madrileña cuando la obscuridad más completa reina en ella. Comenzáis dando tumbos aquí y allí; de repente tropezáis con la pared; chocáis con una puerta, y el ruido alarma á la vecindad. Dais con el sombrero en un candil que, aunque extinguido por falta de aceite, tiene lo bastante para ponerlos como nuevo. Y todo esto es llevadero cuando no se encuentra al truhán que baja ó al galán que sube, cuando no sentís el retintín de la ganzua que intenta abrir una puerta, cuando no resbaláis en las substancias depositadas por los gatos sobre los escalones, cuando no tropezáis con la amorosa conjunción de dos estrellas que pelan la pava en el último tramo.

Por fin la expedición llegó á las regiones boreales de la casa, á la elevada zona en que el poeta había hecho su nido. Tocaron, y, abierta la puerta, nuestros amigos se encontraron frente á frente de una mujer que, con soñolientos ojos y rostro avinagrado, alzaba la mano sosteniendo un candil, próximo á imitar la sabia conducta de los de la escalera. Este candil comunicó su luz á otro mejor acondicionado que había en el cuarto donde en-

traron los cuatro jóvenes. La dama echó el cerrojo a la puerta de la escalera, y dando las buenas noches con entonación de un responso, se fué. No había andado cuatro pasos cuando volvió, y arrebujándose bien en su manto, con honestos y recatados ademanes, dijo:

«Por Dios, don Ramón, no hagan ustedes ruido, que está alborotada la vecindad con la algarabía que se arma aquí todas las noches. Porque, ya ve usted... Una es comidilla de las gentes de abajo. La encajera ha ido diciendo que esto era una taberna, y que no se podía vivir en esta casa. Ya ven ustedes... como una es mujer de opinión...»

La señora que tan celosa se mostraba de la opinión de su casa era doña Leoncia Iturrisbeytia, vizcaína, como es fácil conocer por su apellido; patrona de aquel establecimiento, mujer de bien, como de cuarenta años mal contados, de buen aspecto, robustas formas, alta estatura, cara redonda y carácter bonachón y más que sencillo.

«Señora, déjenos usted en paz—le contestó Javier.— Si viniera don Gil con nosotros, no se incomodaría usted.

—Vaya, ya empieza usted con sus bromas, don Javier.

—¿Y cuándo se casa usted, doña Leoncia?

—¿Yo casarme? ¿Yo?—dijo doña Leoncia con mal disimulada satisfacción.

—Pues sepa usted que se lleva un buen mozo. Don Gil es hombre que hará carrera... está en buena edad...»

Una carcajada de los otros dos y una sonrisa forzada de la patrona acogieron aquellas palabras. La vizcaína tenía un pretendiente, y éste era don Gil Carrascosa, aquel individuo que fué lego, abate covachuelista y cuanto hay que ser. Corrían por la vecindad rumores alarmantes respecto á la existencia de cierta buena concordia, parecida á la familiaridad, entre el poeta clásico y doña Leoncia la vizcaína. No penetremos en lo sagrado de estos clásicos y patroniles secretos.

Doña Leoncia notó la presencia de un desconocido y quiso darse tono. Se puso seria, y reprendió á los estudiantes por su poca formalidad. Después hizo un pomposo ademán, algunas cortesías, y se marchó.

«Adiós, Ariadna, Antigone, Sofonisba, Penélope,» dijo cuando la vio fuera el poeta, que gustaba mucho de aplicarle aquellos nombres heroicos.

Poco después de esta despedida se sintieron ronquidos muy broncos y prolongados. Era Ariadna, Antigone, Sofonisba, Penélope, que dormía en el interior. ¡Cuán felices son las semidiosas!

Javier y el Doctrino tomaron en competencia posesión de la cama. Lázaro se acomodó lo mejor que pudo en una silla de tres pies y medio, y el poeta continuó en pie haciendo los honores del sotabanco. Del cajón de la cómoda sacó un pedazo de queso envuelto en un papel, que se había hecho transparente. Un cuchillo, una botella y un plato, en que había pañecillo y medio, salieron de otro rincón, y el festín fué preparado en la mesa, para lo cual se hizo preciso apartar á un lado dos tragedias en verso heroico, un retrato de mujer roído de ratones, un ejemplar de la Constitución, un tintero de cuerno y una babucha, dentro de la cual había unas tijeras, una caja de obleas y medio tomo del teatro de Crebillon.

El cuarto aquél era curioso. La cama se ostentaba lo más horizontal que le era posible sobre dos banquillos, cuyas tablas sostenían un jergón de tan tortuosa superficie, que el durmiente rodaba en él de cima en cima antes de poder conciliar el sueño. Una estera de esparto, finisima en los tiempos de Carlos III, cubría las dos terceras partes del piso, siendo inútiles todos los esfuerzos de doña Leoncia para estirla hasta cubrir lo que faltaba. Inmenso baul alternaba con la cama, y á juzgar por lo corroído del cuero y la suciedad acumulada entre él y la pared, los ratones habían tomado por su cuenta la empresa de colonizar aquel recinto. Adornaban las paredes algunos cuadros: el más notable era un trabajo de pluma hecho por el tío del cuñado del abuelo de la vizcaína, que había sido insigne calígrafo, y toda la lúmina estaba llena de rasgos, líneas, letras raras, rubricas y floreos de pluma, trabajo ilegible por ser tan excelente. Por otro lado pendía de la pared un cuadrito de marco exdorado, que encerraba las habilidades juveniles de la abuela de doña Leoncia, bordadora de lo más fino. Al lado de estos monumentos de familia estaban un par de figurines del Directorio y una Virgen del Pilar, simplemente pegada en la pared con cuatro obleas.

Ramón echaba vino en un vaso que iba corriendo de mano en mano; el queso fué distribuido, y el pan desapareció en poco tiempo. Lázaro no se mostraba parco en comer, porque la verdad era que tenía buen apetito y se sentía desfallecer por momentos.

«Vamos, Ramoncillo—dijo el Doctrino,—léenos un poco de esa tragedia para llorar, que llamas *Petra*.

—¿Qué *Petra* ni *Petra*?—replicó el poeta.—No seas bárbaro: *Fedra* querrás decir.

—Lo mismo me da *Fedra* que *Pancrasia*.

— Ya he dejado ese asunto... eso no es nuevo. Ahora lo que conviene es un asunto patriótico.

— Eso me gusta.

— Al fin me decidí por los Gracos... Amigos, ¡qué hombres eran aquéllos!

— A ver—dijo el Doctrino.— Léenos algo de esos grajos. Debe ser cosa graciosa.

— Pero ven acá, loco—dijo Javier:— ¿por qué no haces una tragedia de cosas del día en que salgan hombres como éstos de ahora?

— No seas tonto—dijo el poeta riendo con la mayor buena fe.— ahora no hay héroes.

— Majadero, ¿pues cómo llamas á Churruca, á Alvarez y á Daciz?

— Si; pero esos son héroes de casaca.

Ramón tenía talento y facultades de poeta; pero había nacido en una época funesta para las letras. El frío clasicismo agostaba en flor los ingenios, que educados en la retórica francesa, y siguiendo los principios del prosaico Montiano, del rígido Luzán, del insoportable Hermosilla, no atinaban á utilizar los elementos poéticos que en aquel tiempo nuestra sociedad les ofrecía.

El pueblo, alimentador de los teatros, no comprendía el alto dítirambo de griegos y romanos; y al mismo tiempo, ningún poeta acertaba á poner héroes españoles en la escena. Nasarre en tanto llamaba bárbaro á Calderón, y *La vida es sueño* no era más que delirio. Aquella restauración clásica fué fecunda para la comedia, porque produjo á Moratín hijo. Pero el drama, la fábula patética que retrata las grandes conmociones del alma, y pinta los más visibles caracteres de la sociedad, no existía entonces.

Se hacían algunas tragedias, obras pálidas y sin vida, porque no eran animadas por la inspiración nacional, ni nuestro pueblo vivía en ellas, ni nuestros héroes tampoco. Ya sabemos lo que son esos héroes tiesos, acartonados, de las tragedias clásicas: siempre los mismos. No se concibe el amor á la libertad sin *Bruto*, ni el odio al imperio sin *Cinna*. ¿Cómo puede haber pasión sin *Fedra*, y fatalidad sin *Edipo*, y parricidio sin *Orestes*, y rebelión sin *Prometeo*, y amor á la independencia sin *Persas*? En tiempo de nuestro amigo Ramón, los jóvenes creían esto; y había algunas personas graves que encontraban á Crebillon más inspirado que Lope, y Rotrou más grande que Moreto.

El poeta de que hablamos escribió su correspondiente

*Alceste*, con algún acto de un *Bellerofonte* y varias escenas de tragedia bíblica, también de cajón entonces. Tuvo una inspiración después, y quiso dejar tan trillado camino. Ideó un *Subieski*, un *Solimán*, un *Arnoldo de Brescia*, y, por último, un *Padilla*; pero no bien había escrito algunos versos, retrocedió por miedo á la antigüedad, y se fijó en los *Gracos*. Dió principio á la obra, y la remató poco antes de las escenas que estamos refiriendo.

Ya le tenemos sentados obre la mesa, con el manuscrito en la mano y alumbrado por el candilejo. El Doctrino y Javier se disputaban la cama con nuevo furor, y Lázaro, que estaba sentado en la silla, había cedido al cansancio, y apoyado en la misma cama, esperaba la primera escena de los *Gracos*.

Javier tosió, y leyó las listas de los personajes de la tragedia, seguida de la retahíla de tribunos, lictores, centuriones, patricios, pueblo, esclavos. Después relató la decoración, que era la plaza pública, sitio de confidencias, de citas, de discursos, de secretos, de escándalos, de juicios, de todo. Luego empezó el acto. Salía el *tribuno primero*, y le decía al *tribuno segundo* si había visto á Cayo; el *tribuno segundo* le contestaba al *tribuno primero* que no; pero después venía el *tribuno tercero*, y decía á los dos anteriores que Cayo estaba en casa del sacerdote Ennio Sofronio, y que después vendría á confiarle sus planes en la plaza pública. Estos se van, y saliendo el *hombre del pueblo primero*, le dice al *hombre del pueblo segundo* que el pan está caro, y que los pobres se están comiendo los codos de hambre, lo cual exaspera al *hombre del pueblo tercero*, que jura por Neptuno y el hijo de Maya que aquello no ha de quedar así. Cada uno se va por donde ha venido, y sale después Cornelia, que se pregunta por qué estará tan agitado y triste Cayo; dice que rehuse las *viandas ricas de opulenta mesa*, para irse á vagar silencioso y abstraído por la margen que baña del *lento Tiber la corriente undosa*. Pero pronto viene á sacarla de dudas el mismo Cayo en persona, que, alarmado por unas palabras que le dijo el *tribuno tercero* allá entre bastidores, viene á dar con su madre y le manda que escuche y tiemble, con cuyo mandato Cornelia se hace todo oídos, y se pone á temblar como un azogado. Cayo le dice que los dioses le ayudarán en su empresa, con lo cual la otra se tranquiliza y se le quita el temblor. También dice que antes de faltar á su propósito se tragará el Averno á la tierra; beberá el ciervo (*de capital ramaje*) la mar salobre, y se criará la carpa en las crestas

del más alto cerro de Trinacria. Después de estos desahogos, cae el telón, y cada uno se va por donde ha venido.

Pero ya cuando Cayo hacía estos juramentos, cerró los ojos el Doctrino, poco preocupado de que el Averno se tragara á Italia, y comenzó á roncar suavemente como un dios holgazán. El poeta no notó este incidente, y entró en el acto segundo; pero al llegar al delicado punto en que Cornelia le refiere á su confidente el sueño que ha tenido, empezó Javier á hacer lo mismo, y se durmió también. Y allá, cuando el poeta se internaba en los laberintos del acto tercero; cuando el senador Rufo Pompilio se le sube á las barbas al senador Sexto Lucio Flaco (el cual, sea dicho de paso, no miraba con malos ojos á la matrona Cornelia, aunque era dueña un poco madura); cuando todo esto pasaba, Lázaro, que había resistido por cortesía, no pudo más, y acomodándose en la silla y en el borde de la cama, dió algunas cabezadas, y se durmió también olímpicamente, comenzando á soñar dormido, que era cuando menos soñaba.

El poeta concluyó el tercer acto, en que había un motín; y antes de empezar la lectura del cuarto, miró en torno suyo y vió aquella escena de desolación. «Dormidos, ¡oh dioses!» exclamó, penetrado aún del espíritu clásico.

Pero era natural. ¿Quién soporta una tragedia con plaza pública, verdadero almacén de endecasílabos? ¿Quién soporta una tan grande ración de clasicismo á aquellas horas, después de oír veinte discursos, después de haber cenado?

Aún faltaba algo. El candilejo, que sin duda era también poco amante de lo clásico y estaba empalagado de tanto endecasílabo, no quiso alumbrar más tiempo la plaza pública, y se apagó. Ramón cerró á obscuras su manuscrito; comprendió que lo mejor que podía hacer era imitar á sus amigos; bajó de la mesa, tomó la capa, se envolvió en ella, y tendióse de largo sobre el bendito suelo. Poco después estaba tan profundamente dormido como los demás. Así terminó la tragedia de los Gracos. Nos ha sido imposible averiguar si al fin el senador Rufo Pompilio dió al senador Sexto Lucio Flaco el bofetón que deseaba.

## CAPÍTULO XII

## La batalla de Platerías.

El sol y doña Leoncia aparecieron con igual esplendor y hermosura en las primeras horas del siguiente día. La patrona, dejando las ociosas lanas, dió principio á su tocado, que era algo complicado, porque consistía en una restauración concienzuda de todos los deterioros que en su persona hacían lentamente los años.

Después de dar al viento la poca abundante cabellera, comenzaba á tejer un moño, que, á no recibir el refuerzo de unos hinchafios cojinillos, no sería más grande que un huevo. Pasaba inmediatamente á adobarse el rostro, operación verificada tan hábil y discretamente, que no conociera la *verdad de su mentira* ni el mismo don Gil, que era la persona que más se acercaba á ella durante el día. A veces solía usar cierto píacelito; pero esto no era más que en los días clásicos, y no hacemos alto en ello por ahora. En estas ocupaciones estaba, mal ceñidas las faldas, sin corsé y descubiertas con negligente desnudez las dos terceras partes de su voluminoso seno, cuando una persona entró en la casa, y acercándose al cuarto de la diosa, dió un par de golpecitos en la puerta.

«¿Quién?—dijo alarmada la vizcaína.

—Yo.

—Por Dios, Carrascosa, no entre usted, que estoy...»

Pero Carrascosa empujó la puerta, y la hubiera abierto á no impedírselo por dentro la asustadiza y honesta dama, que dejó el afeitte y se ciñó el vestido rápidamente para acudir á defender la plaza.

«Leoncia, Leoncia, mira que soy yo, tu Gil.

—Don Gil, don Gil, no sea usted pesado. Siempre viene usted cuando está una arreglándose. Espere usted. Pase á la cocina, que tengo que hablarle.

—Yo también tengo que hablarte.—dijo Carrascosa, aplicando el ojo á la cerradura por probar si veía algo.»

Doña Leoncia no tardó en arreglarse: se ciñó el corsé, se puso las últimas horquillas, se aplicó dos ó tres alfile-

res al pecho, se echó un mantón sobre los hombros, y pasó á la cocina.

«Sabes que vengo muy incomodado—le dijo don Gil, mientras la dama, que se había acercado al hornillo, se esforzaba en encender con pajueta unos carbones;—sabes que estoy muy incomodado, Leoncia, con lo que dice la gente, y vengo á que me saques de dudas: porque, en fin, tengo esto atravesado en el gaznate y no lo puedo pasar.

—¿Qué? ¿á ver?... ¿á ver qué majaderías traes hoy?

—Nada, sino que la gente da en decir que tu...—Aquí el ex-covachuelista se detuvo, como si efectivamente se le atragantara una cosa en las fauces.

—¿Que yo?... ¿á ver? ¿qué?—dijo la patrona, soplando los carbones.

—Que tú... quiero decir... que ese jovencito que hace versos y vive en ese gabinete, está muy fino contigo, y te está cortejando... Me dijo la frutera que ayer te vió salir con él de paseo, y...

—No me vengas acá con majaderías—dijo doña Leoncia, alzando en su derecha mano una badila de cobre que en aquellos momentos le servía:—lo que hay es que como una es mujer de opinión, ha de estar todo el mundo ocupándose de una para decir lo que se le antoja. ¡Vaya, don Gil! ¿Y usted se anda en chismes con la frutera? ¡Buena está ella! No me vuelva usted acá con enredos. Lo que hay es que no puede una mover un pie sin que venga toda la vecindad á decir por qué si y por qué no.

—Cepos quedos—dijo Carrascosa,—que yo no dudo de que seas una mujer muy principal; pero debe evitarse que la gente ande diciendo cosas... porque...

—No me hables de eso, Gil; Gil, no me hables de eso—dijo fingiéndose incomodada doña Leoncia;—que todos los hombres son unos engañosos, y está una muy escarmentada... no... digo... muy... Le han dicho á una lo que son los hombres... Y si no, miren al prestamista de abajo que todos los días desayuna á su mujer con cincuenta palos.

—¡Oh, Leoncia de mis pecados! Y piensas que yo no te he de tratar como una dócil ovejuela que eres... Mira, no seas tonta: puesto que nos hemos de arreglar y es preciso mantener la opinión, bueno sería que echaras de tu casa á ese mozalbete, y que se fuera con sus versos á otra parte.

—Pues digo que no. Si hablan, que hablen; si enjurian, que enjurien. Yo soy mujer de opinión.

—Jesus, Leoncia: ¿y no me haces ese gusto?»

Doña Leoncia empezó á reír con mucha gana; y el buen Carrascosa, que no estaba dispuesto aquel día á ponerse serio, se serenó y concluyó por reírse también.

«Mira que esta tarde voy con doña Petronila y la Juliana á merendar á Chamartín. Doña Ramona vendrá también, y si tú vienes, cantarás aquellas seguidillas que sabes.

—Yo no estoy para seguidillas. Lo que me carga es que vaya ese don Ramoncito, que me tiene ya hasta aquí. Mira, mira, Leoncia: si lo echas, estaré cantando seguidillas cuatro días seguidos. ¡Ah! No me acordaba: ¿sabes que estamos arreglando una procesión en las Maravillas? Ya te proporcionaré un balcón para que la veas. Va á estar muy lucida, y salen más de veinticinco santos y todas las cofradías de Madrid.

—Mira, Gil, no te andes con procesiones, que es cosa que no me gusta. ¿Con que vienes á Chamartín?

—Sí; bueno es que nos vayamos allá, porque hoy hay jarana en Madrid, y se me antoja que habrá tiros por esas calles.

—¡Jesus y Santa Librada! ¡Otra jarana!—dijo la vizcaína con el rostro descompuesto y mudando de color.—Pero ¿qué hay?

—Abi es nada. Que esos locos de la *Fontana* van á pasear el retrato de Riego con música y todo. La autoridad ha prohibido esa procesión, y ellos dicen que la habrá. Veremos quién gana. Ya anda la gente por ahí alborotada y pronto hemos de ver el tumulto.»

En efecto, el ruido no se hizo esperar: un gentío inmenso ocupaba la vecina plazuela de Santa Ana, y hasta la tranquila mansión de doña Leoncia llegó el rumor de las voces. La criada, que venía de comprar, entró dando gritos de terror y diciendo que había sentido unos grandes cañonazos. A los gritos de la gallega despertaron los tres amigos y Lázaro.

«¿Qué hay?—dijo Javier.—¿Qué algazara es esa?

—¿Qué ha de ser sino la procesión?—dijo el Doctrino.»

Lázaro se levantó dolorido, porque con la molesta posición que en el sueño tomó, parecía que se le había roto el espinazo. Abrieron el balcón y miraron. Doña Leoncia entró en el cuarto del poeta dando alaridos y manoteando.

«¡Jesus, Jesús! ¡No abran ustedes el balcón, que se nos va á meter aquí alguna bomba! ¿No oyen ustedes los cañonazos? ¡Jesus, qué disparos tan fuertes!

—Señora, usted está sonando con los cañonazos.

—No te alarmes, Artemisa, Electra...

—¡Cierren ese balcón!

Los cuatro jóvenes eran muy curiosos para contentarse con mirar desde el balcón. Bajaron á la calle con mucha prisa para unirse al gentío, aunque Lázaro pensaba dejar aquello y marcharse inmediatamente á casa de su tío, recogiendo de antemano su mezquino equipaje en el parador del Agujero.

«¿Quién es ese joven?—dijo don Gil á la patrona luego que los cuatro habian bajado

—No sé quién es: le trajeron anoche.»

Carrascosa creyó reconocer en aquel joven al sobrino de su amigo, á quien habia tratado en Ateca; y queriendo cerciorarse, porque sin duda le interesaba, bajó tras ellos. Los cuatro jóvenes se mezclaron al gentío: no se podía dar un paso. La procesión estaba organizada, y pronto iba á emprender la marcha para salir á la calle de Atocha. Gran confusión reinaba en la multitud, y eran vanos los esfuerzos de dos ó tres personas para poner en filas ordenadas al pueblo y dirigirle.

Lázaro trató de marchar á donde debia; pero tuvo una tentación, que le hizo detener meditabundo y preocupado. Al ver aquella multitud, su imaginación, abatida y exánime desde la singular escena del café, volvió á remontarse tomando su acostumbrado vuelo. Allí estaba reunido un pueblo, dispuesto á una gran manifestación. Confuso y como asustado de su empresa, la machedumbre vacilaba, no tenia firmeza ni determinación; sin duda allí faltaba algo. Lázaro quiso dominarse rechazando la tentación. Se alejó del pueblo y volvió á acercarse á él. «Sí—pensaba,—aquí falta algo: falta una voz.»

Habia llegado aquel momento supremo de las agitaciones populares en que las turbas se piran silenciosas, alterados los miles de corazones por un solo y profundo temor, trastornadas las mil cabezas con una sola duda. Falta que una voz sola diga lo que todos sienten. En estos momentos solemnes es cuando vemos un cuerpo elevarse sobre miles de cuerpos y una mano temblorosa extenderse sobre tantas cabezas. Una voz expresa lo que en tantos cerebros pugna por adquirir formas orales; esa voz dice lo que una multitud no puede decir; porque la multitud que obra como un solo cuerpo con decisión y seguridad, no tiene otra voz que el rumor salvaje compuesto de infinitos y desiguales sonidos.

Cuando aquel hombre ha hablado, la multitud ha dicho lo que tenia que decir; la multitud se conoce, ha podido

recoger y unificar sus fuerzas, ha adquirido lo que no tenia: conciencia y unidad. Ya no es un conjunto inorgánico de fuerzas ciegas: es un cuerpo inteligente cuya actividad tiende á un objeto fijo, bueno ó malo, pero al cual se encamina con decisión y conocimiento.

Esto pensaba Lázaro. ¿Podria él ser ese medio de expresión? ¿Seria el Verbo revelador de aquel cuerpo ciego ó inconsciente? ¿Hablaria ó no hablaría? La masa en tanto se arremolinaba y se extendia por la plazuela del Angel. Lázaro la siguió como fascinado; después se apartó con miedo de ella y de si mismo. Pero no podia resolverse á retirarse. ¿Hablaria ó no? Le oirían de seguro. ¿Cómo no, si habia de decir cosas tan bellas? El estaba seguro de que las diria. Las palabras que habia de decir estaban escritas con letras de fuego en el espacio.

Ya el retrato avanzaba llevado por cuatro socios de la *Fontana*. Sonaba la música, el gentío rodeaba el lienzo, y todos se movian sin adelantar, oscilaban sin extenderse, se revolvían confundiendo. Sin duda faltaba algo. Lázaro se mezcló en el torbellino. Sus ojos brillaban con extraordinario resplandor; su inquietud era una convulsión, su agitación una fiebre, su mirada un rayo. Cruzábanle por la mente extrañas y sublimes formas de elocuencia; latia el corazón con rapidez desenfrenada; las sienes le quemaban, y sentia en su garganta una vibración sonora, que no necesitaba más que un poco de aire para ser voz elocuente y robusta.

Vió que alzaban el retrato, que la turba se arremolinaba en circuitos sin fin, y vió agitarse en el aire multitud de pañuelos blancos que salian de aquel torbellino como una espuma.

La comitiva desordenada siguió por la calle de Atocha y penetró en la Plaza Mayor. Allí se difundió un poco. Pero después trató de atravesar el arco de la calle de la Amargura para entrar en Platerías. El gran monstruo midió de una mirada el volumen de sus miembros multiplicados y la anchura del arco por donde habia de pasar. El camello iba á pasar por el ojo de la aguja. Hubo un movimiento convulsivo de codos, y los abdómenes se deprimitieron, giraban los cuerpos, y algunos sombreros saltaron á impulsos de las repercusiones y choques de tantas cabezas. Algunas voces trataron de pronunciar una orden para vencer aquella dificultad, problema de obstetricia sin duda.

«Delante el retrato. Dejen pasar el retrato,» decian.

Era imposible: la gente se agolpaba de tal modo, que

el retrato no podía pasar. Al fin, tras largos esfuerzos, el retrato pasó por el arco. Detrás seguía con la mayor confusión la gran masa de gente. La multitud que llenaba la plaza se había parado y esperaba. El retrato y sus corifeos desembocaron en la calle Mayor; pero al llegar allí, una sorpresa sin igual detuvo la procesión. Dos filas de soldados formaban en las Platerías, llegando más allá de la plazuela de la Villa. Las picas de un escuadrón de lanceros brillaban á lo lejos, y delante de esta tropa estaba el Capitán General de Madrid, á caballo, esperando con grande aplomo y entereza. Este hombre avanzó seguido de dos ó tres, y señalando con el sable, intimó la orden de retirada á los del retrato. Hubo una rápida consulta de miradas entre éstos. Una autoridad civil se acercó también, y con los mejores ademanes dijo que se fuera cada cual á su casa y renunciaran á aquella manifestación, porque el Gobierno estaba resuelto á que no dieran un paso más. El aspecto de la tropa impresionó vivamente á los del retrato; además, éstos contaban con la ayuda del regimiento de Sagunto, y el regimiento de Sagunto estaba encerrado y perfectamente custodiado en su cuartel.

Trataron, sin embargo, de pasar adelante, y dijeron que aquella manifestación era puramente moral; que no trataban de producir ningún trastorno, ni era agresiva su actitud, ni tenían más objeto que tributar un homenaje de admiración al héroe que había dado la libertad á su patria.

«¡Cada uno á su casa! Atrás el retrato,» dijo resueltamente Morillo.

La defensa era imposible. La procesión no tenía armas. La supuesta debilidad del Gobierno se había trocado en inquebrantable firmeza. Algunos empezaron á desertar, desfilando por la calle de Milaneses y la plazuela de San Miguel. El retrato descansaba en tierra y se movía adelante y atrás, poco seguro en manos de sus portadores. Estos hablaron: pero todo fué inútil: la gente empezó á retroceder, algunos á gritar, y hubo también quien quiso oponer resistencia á la tropa.

Entre tanto el gentío que ocupaba la plaza permanecía inmóvil. ¿Quién era aquél que entre tanta gente se elevaba y, agitando las manos, profería voces que la muchedumbre aplaudía? El orador hablaba bien, sin dudas grandes aclamaciones acogían sus palabras; pero los continuos empujones, los gritos de los pisoteados y estrujados no permitían á aquél expresarse con desahogo.

Algunos pedían silencio; pero el silencio en toda la plaza era imposible. A lo mejor, los que en el arco discutían con la autoridad, retrocedieron al ver que la tropa resistía. La confusión entonces llegó á su término. El orador continuó su filípica; pero la continuó excitando al pueblo á que no cediera en su empeño de verificar la manifestación. Estaba lívido, anhelante, y cada palabra suya era como un latigazo que estimulaba á la muchedumbre á seguir adelante.

En tanto las tropas avanzaban despejando la plaza; y algunos eran tan osados, que delante de los caballos oponían resistencia y vociferaban apostrofando á Morillo y á su gente.

«¡A esos que gritan!» dijo el que mandaba el piquete. Arremolinóse el gentío. Muchos corrieron á escape. Otros dieron vueltas, arrastrados por la oleada, ó permanecieron turbados sin saber qué partido tomar. Lázaro calló.

«¿Quién gritaba?—dijo el capitán.—A los que gritan. Prender á los que gritan.»

Lázaro quiso huir; pero el brazo vigoroso de un soldado le detuvo fuertemente.

«Prender á los que gritan. Este es el predicador. ¡A ese!»

Lázaro pasó de una mano fuerte á otra fortísima. Apenas se daba cuenta de que le habían prendido. Creyó que le soltarían en seguida, ó intentó desasirse, aunque inútilmente.

«¡Atrás, atrás! ¡Fuera de la plaza!» continuaba el capitán.

Y era bien obedecido, porque el gentío se desbandaba á toda prisa. La procesión fracasó. El retrato quedó hecho trizas en medio de la plaza; la tropa tomó todas las entradas.

¿Qué fué de Lázaro? Un cuarto de hora después entraba, honrosamente custodiado, por las puertas de la cárcel de Villa, y era introducido también honrosamente en un tristísimo, obscuro y sucio calabozo.